



Entrevista con Juana Alicia Ruiz. Tejedoras de Mampuján

¿Qué es y cómo surgió el colectivo de mujeres de Mampuján?
¿Quién es Teresa Geiser? ¿Cómo la conocieron?
¿Cómo aprendieron a tejer y qué significa para ustedes?

Las mujeres, tejiendo sueños y sabores de paz, más conocidas como tejedoras de Mampuján, somos un colectivo de mujeres que se reúnen para hacer cosidos, no tejidos, en tela sobre telas. Es una técnica que consiste en tomar una historia, por lo general, dolorosa o que genera algún tipo de trauma, dibujarla en papel y lápiz, y, posteriormente, pasarla a tela sobre telas, y formar un cuadro, con un fin terapéutico.

El fin de coser tela sobre tela es que la persona tome ese dolor que tiene, que le hace mucho daño, que le ha atormentado, y que lo pase de primera persona a segunda persona, para que vaya tramitando el dolor, poco a poco, puntada tras puntada, y vaya sacando el dolor interno, y lo vaya plasmando, quedando un registro de memoria histórica, de lo que estaba sintiendo.

Entonces la persona tiene la posibilidad de narrar, de contar su dolor de manera no verbal. Luego, lo muestra, y ahí está plasmando lo que estaba sintiendo. Eso tiene como efecto, una catarsis que va sacando y va liberando poco a poco lo que tenía en la mente y que ahora ve con sus ojos de una manera distinta, pictórica, y que va ayudando a sanar, recordando sin tanto dolor. Sanando las heridas y facilitando la sanidad interior, para que posteriormente la persona pueda tener libertad para amar, para perdonar y para reconciliarse con el adversario. Esa es la labor que hacen las tejedoras de Mampuján.

¿Cómo nosotros conocimos esta técnica? Nosotros, por tradición ancestral de nuestras abuelas y tatarabuelas, santacofrades, africanas, que vinieron de las haciendas esclavistas de Cartagena, sabíamos hacer sábanas de tiritas. En toda casa de un afrodecendiente que se respete hay una sábana de tiritas. Tomamos los retacitos que dejan las modistas, los armamos con figuras geométricas, se van cociendo y se forma una sábana.



Cuando se dio el desplazamiento masivo en el año 2000, solicitamos un apoyo psicológico o de algún terapeuta, que pudiera trabajar con las mujeres. El Estado, ante las masacres, y todos los desplazamientos y abusos sexuales que hubo en los Montes de María, estaba ausente; se les había salido de las manos y no tenían una cobertura. Entonces, nosotras, las mujeres que estábamos en Mampuján, pues se habían desplazado 245 familias, decidimos que teníamos que tener un tratamiento especial y solicitamos a un psicólogo o a una psicóloga a Sembrando Semillas de Paz, y nos enviaron a Teresa Geiser y a Carlos Geiser. Ellos estaban en El Salvador. Estaban en la posguerra de El Salvador, ayudando también a superar los duelos. Teresa Geiser vino a Mampuján a enseñarnos las estrategias para superar el trauma y aumentar la resiliencia. Las mujeres en El Salvador estaban ya más fortalecidas.

Pero las mujeres se estaban yendo de las capacitaciones, y para hacer que se entusiasmaran, yo le dije: vamos a hacerles alguna manualidad que las motive. Teresa Geiser dijo que era experta en el arte del *quilting*, que es el arte del cocido de retazos en figuras geométricas con moldes.

Empezamos a hacer eso, pero todavía a las mujeres les parecía complicado cuadrar y encajar las figuras. Entonces, un día dijimos: pero por qué no hacemos historia de verdad, y comenzamos a hacer nuestras propias historias. El *quilting* es

un arte norteamericano, con el que hacen edredones, y nosotros lo convertimos en *quilting* de historia.

¿Quién más las ayudó en el proceso de reparación, qué enseñanza les dejó el proceso de perdón y qué mensaje les darían a otras víctimas y al país?

Te podría hacer una lista larguísima, porque en este proceso hubo mucha gente, organizaciones, ONG nacionales e internacionales que pusieron algo importante para que pudiéramos ir sanando y empoderándonos, ya no como víctimas, sino como sujetos de derechos, conociendo la ruta adecuada para exigir nuestros derechos sin violencia. Primero estuvo Sembrando Semillas de Paz, luego la Fundación de Desarrollo y Paz, la Procuraduría, la Defensoría del Pueblo, el Departamento de Justicia de la embajada americana, la Fiscalía, y otros entes del Estado; que los representan seres humanos, personas queridas, como la magistrada Teresa Jiménez, la fiscal 11 Yolanda Gómez, la procuradora encargada, seres maravillosos que nos ayudaron mucho, y nos ayudaron a entender un poco al Estado. Porque cuando tú sufres un hecho victimizante, donde participa el Estado por acción o por omisión, como en el caso de Mampuján, en que usaron un camión y armas del Ejército, uno comienza a tener mucha desconfianza y mucha rabia hacia el Estado, que es el garante de los derechos.

Uno dice, pero el que me tenía que defender me victimizó.

Entonces nosotros no creíamos en el Estado. Por eso te digo que, cuando llegan los representantes del Estado, unos seres humanos maravillosos, comenzamos a tener un proceso, no solo de perdón y reconciliación, sino de confianza, de volver a creer en el Estado a través de las personas que lo representan. Entonces, la lista de personas es larga, por ejemplo, Juan Manuel Echeverría, que ayudó a seguir guiando el tema de los telares, el Comité Central Menonita, y ahora último, la Fundación de Arte Popular, y el procurador general de la nación, Fernando Carrillo, que ha sido para nosotras una gran bendición y una luz. Han sido muchísimas personas y amigos, la Fundación Sabana, *etc.*

Nosotras, de todos ellos aprendimos que cuando hay un hecho victimizante, cuando hay un dolor, cuando hay algo que te han quitado; hay un solo camino, y es sanarse, perdonar y seguir, porque cuando tú perdonas, te sanas tú, y estas haciéndote una limpieza; sacando basura, las cosas que pueden seguir haciéndote daño internamente, sin darte cuenta. Afectan tu vida, tu relación contigo mismo, con Dios, con tu familia y tus semejantes.

Así, puedes decir que estas construyendo un proceso de paz. Nosotros tuvimos ese ejercicio individual primero, después colectivo, y afuera de la comunidad. Nosotras fuimos a muchísimos lugares de Colombia a enseñar esta técnica, a diferentes colectivos de mujeres. Este proceso nos enseñó que es necesario sanarnos y reconocer

que estamos afectados; que es necesario liberarnos, reconciliarnos, para poder seguir avanzando. Ese es el mensaje que le hemos dado a las otras víctimas en Colombia. Si no reconocemos que estamos llenos de odio, de resentimiento, de amargura, por lo que nos pasó, no nos vamos a sanar. Para tú poder decir que vas a sanar, tienes que reconocer que tienes una herida. ¿Si no tienes herida qué sanas? Lo que está sano no se puede sanar. Tenemos que sanar lo que tenemos dañado.

Más que todo es el alma, los sentimientos, las emociones, todo el espíritu, y hasta físicamente. Cuando estamos enfermos mentalmente o emocionalmente se nos daña el estómago, nos da gastritis, úlcera, diabetes, hasta cáncer, etc. Nosotros les dimos ese mensaje, a las mujeres de Colombia, y a hombres, y victimarios; que es necesario reconocer que tenemos un daño: que tenemos que sanarlo, que tenemos que liberarnos, reconciliarnos, perdonar, para poder tener una mentalidad, un ser íntegro sano, y poder seguir avanzando.

Pensando en el futuro, ¿qué les hace falta para mejorar sus proyectos productivos, qué necesidades tienen, y cómo va el museo de la memoria en Mampuján?

Hablando de los proyectos productivos, nosotras, cuando comenzamos, en el desespero, cuando estas recién desplazada, tú te quieres agarrar de lo que sea para generar ingresos. Cuando te desplazan, no solo te quitan el territorio en el que estás, ese

sitio geográfico, y te trasladan a otro, sino que en el sitio donde tú estabas, tenías toda tu vida. Tu generación y lo que habías construido por años, te lo quitan en un solo día. Y ahí van, no solo cosas materiales, sino también, proyectos, sueños, lazos.

A nosotras nos desplazaron el 11 de marzo de 2000. Tres años después, en el 2003, cuando nos vimos con las manos vacías, decidimos asociarnos, y formamos la Asociación para la Vida Digna y Solidaria. Era una red de organizaciones en diferentes lugares de la región Caribe y comenzamos a formar las personas cristianas evangélicas, con un fin social. Comenzamos a hacer productos alimenticios, porque yo soy nutricionista dietista, especialista en innovación y elaboración de nuevos productos en la industria de alimentos. Pensé que eso podría servir para algo, y una de las líneas fue hacer productos alimenticios con lo que teníamos en la región: las frutas, los tubérculos, la leche, las carnes, de cerdo, de gallina, de aves.

Entonces, empezamos, y los que podían, criaban aves, gallinas ponedoras, pollo de engorde; otros criaban cerdo, otros se dedicaban al ordeño, y comenzamos a procesar, a hacer de la leche arequipe, yogur, kumis, queso; de las gallinas comenzamos a hacer embutidos de gallina. Uno comienza a soñar y a hacer cosas, pero en el camino comienzan a aparecer obstáculos. Y tú vas soñando creyendo que vas a formar ya la empresa, y al hacer los cálculos, sin tener la maquinaria, sin las condiciones

para hacerlo. Nos encontramos en el camino que teníamos que tener un registro Invima, sin el cual no puedes procesar ni comercializar alimentos a otro nivel.

Maribel Reyes, de la Unidad de Atención y Reparación a Víctimas, una mujer maravillosa, comenzó a hacer unos enlaces con las grandes superficies de mercado, y llevamos las mermeladas que son buenísimas, tendrías que probarlas, de frutas tropicales, de maracuyá, de mango, de sapote, de piña, etc. Mermeladas que aprendimos a hacer, sacando la pectina de la misma naturaleza. Nos relacionaron con María Patricia Guzmán de Cotelco, que quiso que pudiéramos toda la mermelada que produjéramos en los hoteles que tenía, 150 hoteles, y de nuevo requeríamos del registro Invima.

¿Qué necesitamos? Tenemos los proyectos productivos de procesamiento de alimentos, y de hacer telares, que ya no los hacemos de dolor. Los telares tuvieron una transformación y ya no tienen sangre, no hay lágrimas, no hay dolor, no hay tristeza, ni desarraigo. Ya los telares, habiendo superado el duelo, habiendo tenido unas condiciones de restablecimiento; nosotras los hacemos alegres, hacemos tapices alegres, y contamos con nuestro folclore, nuestra cultura, nuestra esperanza. Incluso hasta con nuestros sueños, y las hacemos contando historias bonitas, en las que se baila, en la que se come; cómo nos vestimos, cómo es nuestra naturaleza. También los hacemos sobre faltas, sobre

suéteres, sobre bolsos. Hacemos unos bolsos que nos enseñó una diseñadora, Virginia Vallejo. Tenemos una línea productiva de artesanías, otra línea productiva de procesamiento de alimentos, pero sin un mercado.

En este momento, necesitamos un mercado para nuestros productos artesanales, que son las faldas, las blusas, las carteras, los bolsos, las billeteras con tela sobre tela. Tenemos una alianza con Artesanías de Colombia. Apenas estamos empezando. Va a llegar pronto un diseñador de modas que también va a interactuar con nosotras. Entonces, necesitamos contactos para comercializar eso.

En el tema del procesamiento de alimentos, tenemos los clientes, lo que quebraría a otra empresa si no tuviera a quien venderle; pero no tenemos las condiciones para venderle el producto adecuado al cliente. En este momento estamos necesitando una planta procesadora de alimentos, y adecuarla. Tenemos el terreno. Lo compramos con el Premio Nacional de Paz. Lo que necesitamos es la infraestructura, construir la planta física para procesar los alimentos para que el Invima nos pueda certificar. El Invima nos ha visitado y dice que la planta que tenemos no tiene las condiciones para certificarnos y que podamos procesar los alimentos. Tenemos la experiencia, tenemos las capacitaciones del SENA con toda la gente que va a manipular alimentos.

El museo de la memoria también fue un sueño. Cuando

solicitamos las medidas de reparación colectiva consideramos, dijimos que más que económicas también deberían ser simbólicas. Tenían que llenar algunos deseos y aspiraciones de la comunidad, tangibles e intangibles. Entonces nosotros dijimos que queríamos, soñábamos que dentro de la sentencia quedara ordenada la construcción de un museo de la memoria. En todos los Montes de María no había hasta ese momento un museo de la memoria. Acaban de inaugurar El Mochuelo que está dirigiendo Soraya Bayuelo, con el Colectivo de Comunicaciones Montes de María; pero cuando eso no existía un museo de la memoria. Nosotros soñábamos con tener un museo de la memoria itinerante. Como nosotras habíamos ido a tantos lugares a compartir la experiencia que teníamos con mujeres, y de cada capacitación quedaban dos o tres tapices de la historia de cada grupo de mujeres y hombres, soñábamos con que pudiéramos hacer una exposición itinerante.

Cuando ya se terminó el conflicto, podía uno hablar, porque en algún tiempo tuvimos escondidas las obras, por miedo. Cuando ya pasó, comenzamos a soñar y le pedimos a la magistrada la construcción de un museo de las víctimas y de la memoria. Que fuera un museo, más que de mostrar el dolor, que mostrara la reconciliación. La magistrada, Uldi Teresa Jiménez, ordenó la construcción, una mujer muy noble y sensible, y muy fuerte al mismo tiempo, de mucha templanza.

En el cumplimiento de la sentencia, la construcción del museo la han dejado de últimas, y en todos estos años, hemos estado casi que suplicando para que nos construyan el museo. El año pasado conseguimos que la Procuraduría interviniera, y la Gobernación de Bolívar y la Alcaldía de María la Baja se tomaron en serio el asunto. Ellos no han querido cumplirlo.

En todo esto, el tema de la cultura siempre se toma para pasar recursos, pero no se la toma en serio, y para nosotros sí es importante, porque a través del arte y la cultura te sanas verdaderamente; a través de aquello con lo que naciste y te relacionaste, que es la cultura y el arte, es con lo que te sanas y te reivindicas. El Ministerio de Cultura, en su momento, invirtió más de 200 millones de pesos para hacer un guion museológico, lo que dice en letras, el texto que va dentro del museo. Y lo que hicieron fue enviar a una joven del Museo Nacional que vino a tres encuentros y nos preguntó qué queríamos, pero entregó un informe como de siete hojas máximo, con cosas que teníamos de un libro que estábamos escribiendo y que nos publicó la embajada americana. Nos pidió los archivos que teníamos como para orientarse, y lo que hizo fue que copió lo que teníamos en nuestra USB y agregó algo, lo que costó los 200 millones. Eso nos bajó la moral, porque hemos puesto quejas y no han tenido eco, hasta que coincidimos con el procurador, y comenzó a darle rumbo a esto y la Gobernación tomó en serio el asunto.

Para resumir, en este momento, acabamos de reunirnos con la Gobernación de Bolívar, que dio vueltas y vueltas hasta que llegó la Ley de Garantías, y decir que ya no podían construir sino hasta después. Postergaron de reunión en reunión y ahora estamos otra vez construyendo el guion. Nos volvimos a reunir niños, adultos mayores, personas con discapacidad, mujeres y hombres, y estamos construyendo el guion con el Museo Histórico de Cartagena. Tuvimos visita guiada a Cartagena para mirar lo que es un museo, y visitar otros museos para tener unas ideas de lo que queremos tener nosotros en nuestro museo.

¿Puede resaltar la faceta del grupo de mujeres como lideresas de su comunidad y ejemplo del país?

Creo que debemos darle gracias a Dios, que pone la gracia y que le guía a uno, y que le da a uno la sabiduría, más que inteligencia, para poder guiar procesos. Porque a veces uno, desde pequeños, cuando comenzamos a tener sufrimientos y altercados, afectaciones; como yo le he dicho en muchos espacios que hemos tenidos con el procurador; me atreví a decirlo, para ponerte un ejemplo, que yo había sido víctima de abuso sexual, a mis seis años. Entonces toda la vida pensé que era una persona desdichada, desgraciada; en fin, no sabía ni para qué estaba viva. Pero después del conflicto armado, cuando se afecta colectivamente, uno como que saca fuerzas de la flaqueza; saca fuerzas de donde no hay. Y

todas estas situaciones que te pasan de pequeño, también te dan la suficiente fuerza, para pensar que no es justo que le pase a otra persona, a otra niña. Los mismos golpes le dan a uno cicatrices, y le van dando a uno esa fortaleza para seguir trabajando. Cuando ya, de pronto, te hacen mala cara o malos gestos, a uno eso ya no la va a abatir ni te va a deprimir, ni te va a hacer volver atrás.

Las mujeres sentimos que en la guerra tenemos una afectación desproporcionada y diferencial. La guerra nos afecta distinto, nos impacta distinto. Entonces decidimos reunirnos para dialogar, porque después de un conflicto armado, siempre hay violencia intrafamiliar. Hay que romper el ciclo violento o sigue como una bola de nieve creciendo. Por eso comenzamos a sanarnos, reconciliarnos. Porque lo importante era reconciliarnos nosotras mismas y sacar el dolor interno. Pero también estábamos intentando reconciliarnos con nuestros esposos. Había mucho maltrato físico y emocional, económico y de todo tipo. Entonces decidimos reconciliarnos con ellos y poder tener unas herramientas para hablarles sin odio, para hablarles sin el mismo odio con el que ellos nos trataban, y así es que se va rompiendo el ciclo violento; cuando una de las partes deja atrás el odio y deja la violencia. Solo así se rompe la violencia. La violencia con más violencia genera más violencia.

Así empezamos y cuando pudimos sanar, y tuvimos la tranquilidad y la paz en el hogar,

que beneficiaba a los niños y a las mujeres, que llevábamos todas las de perder; y a los adultos mayores, que habían dejado de ser los sabios en la comunidad anterior de la que veníamos, para pasar atrás a ser lo que estorbaban, los que decían cosas incoherentes; entonces dijimos que eso era una forma de violencia hacia cada grupo. Había que darle lugar al adulto mayor el lugar que merece por su experiencia. Todo eso nos ayudó a que fuéramos creando fuerzas y estrategias para ser una verdadera comunidad en la que se acompaña, se ayuda y se apoya.

Así seguimos y decidimos seguir y apoyar a otras comunidades. Encontramos también el ejemplo de las mujeres que vinieron de afuera, que eran profesionales, magistradas, fiscales, abogadas, las asesoras, Marta Salazar; que nos enseñaron muchísimo de sensibilidad, de humildad, pero también de una templanza impresionante. Y nosotras fuimos aprendiendo y creciendo, y quisimos transmitir a otras mujeres lo que aprendimos y esta fortaleza que fuimos moldeando, a otras mujeres que veíamos que también eran fuertes, pero a las que tenían abatidas el dolor, y tenían menoscabadas el conflicto, y el conflicto las había hecho creer que no valían nada, como en algún momento nos creímos nosotras también. Que si nos abusaron sexualmente ya no valíamos nada. Entonces quisimos, precisamente, por lo que ya habíamos vivido, y ya lo habíamos superado, llegar a esas mujeres y decirles: tú vales mucho. Son circunstancias que

pasan en la vida, pero tú vales mucho, y si te levantas, puedes hacer muchas cosas por tu comunidad.

Las mujeres tenemos una diferencia con los hombres, porque las mujeres somos de emociones, somos de sentimientos, pero también somos de acción. Nosotras sentimos, pensamos, pero también actuamos y decimos eso que estamos sintiendo. Porque como lo amamos, quieres que ese algo se supere, que llegue a feliz término. A uno no le gusta ver que ama algo, le pone empeño a algo, y después verlo tirado. A nadie le gusta eso.

Yo dudaba poder enamorar a los hombres para que fueran a la reconciliación y el perdón, pero lo logramos, al punto de que, si tú comienzas

a mirar registros de videos de Mampuján, y, por ejemplo, consigues en *La Silla Vacía*, «El perdón en tiempos de barbarie», vas a encontrar que Alexander Villareal que es mi esposo, es el primero que en el proceso de justicia y paz, el día del incidente de reparación, cuando por primera vez se encuentran cara a cara las víctimas y los victimarios en un tribunal, en vez de recriminarles, de decirles lo que causaron, y el daño que ocasionaron, colectivo e individual, les regalan una biblia y les perdonan y abrazan.

Se da un giro diferente a lo que los medios en ese momento estaban registrando, pensaban. Penaban por ser la primera vez que víctimas y victimarios se encontraban, iba a ser un choque de trenes, que se iban a decir cosas, iban a salir

quizás malas palabras, y hubo fue un encuentro hermoso de emociones, y un perdón que por primera vez en Montes de María se dio públicamente, en el que las víctimas perdonaron a los victimarios. Eso tuvo un gran impacto en la comunidad.

Hablando de reparación, los avances que ha tenido la comunidad de Mampuján, más que otras comunidades víctimas en todo Colombia, y hablando también de construcción de paz y hablando de organización de base, ha sido que nosotros nos sanamos y comenzamos a avanzar de manera limpia, íntegra, y comenzamos la interlocución sana con el Estado, con los perpetradores y con todas las personas que de una u otra manera participaron en la violencia y en el conflicto armado.

